



LOS ENVIADOS DE SAN ANTONIO

I

Era Corregidor de la muy noble y leal ciudad de Zacatecas, don Emeterio Pantoja y Ballesteros, rico español, de madura edad, solterón empedernido, guapo á pesar de sus cuarenta eneros, grave y circunspecto, muy temeroso de Dios, como cristiano de abolengo, y entre sus virtudes sobresalían la caridad y la justicia.

Queríanle bien los zacatecanos, y respetábanle, no sólo por la autoridad de que estaba investido, sino porque al hacer uso de ella daba á cada uno lo suyo sin aceptación de promesas.

Tenía aversión al bello sexo, nacida, según afirmaban algunos paisanos de su Excelencia, de las tremendas calabazas que en su juventud dióle una extremeña de ra-

ra belleza. Creo que tal aversión en el mayor número de casos, no es sincera, sino hija del despecho, ó intencionalmente pregonada para vengarse en todas de las ofensas de una. Esto último debía pasar en el honrado Corregidor, pues su mirada franca y afable, necesitaba gran violencia para clavarse en el suelo cuando se ballaba en presencia de femeninas hermosuras.

En aquel tiempo vivían en la segunda calle de San Francisco, Cecilia y su madre Felicitas, una pobre viuda, que ayudada de su hija trabajaba todo el día, y frecuentemente aun parte de la noche, lavando y aplanchando ropa de varios dependientes de casas comerciales, y apenas ganaba para pasar la vida.

Cecilia era sencilla como la paloma, pura como la inocencia y hermosa como la luz de la mañana. Contaba diez y ocho años, y no había flor en ningún vergel que competir pudiera con la espléndida lozanía de la joven y con la fragancia de sus virtudes.

Estaba cansada de tanto trabajar, y con fe cándida, más honda que el océano, iba diariamente al templo de San Francisco á orar ante la venerada imagen de San Antonio de Padua, y con instancia pedía marido.

Ya estoy cansada, San Antoñito, de tan-

to trabajar, decíale compungida, mi madre, por su avanzada edad, se cansa mucho más que yo. Tú que das maridos á las que lo han menester, dame uno, bueno y rico, porque así es como lo necesito.

No podía Cecilia, por sus ocupaciones, permanecer mucho tiempo en el templo, y así se lo decía á su patrón.

Perdóname que no te rece más de un padrenuestro, porque no tengo tiempo. Tú sabes que primero es la obligación que la devoción.

Pasaban semanas y más semanas y San Antonio callado como una piedra. Un día en que el trabajo fué excesivo decidió apremiar al santo, y á su ordinaria petición agregó:

“Ya no puedo más, tienes ocho días de plazo para concederme lo que te pido.”

Dos coristas fueron testigos del infantil candor con que la peticionaria fijaba plazo al santo. Pusiéronse de acuerdo, y uno de ellos, con voz de bajo profundo dijo pausadamente oculto en el púlpito:

Niña, tu oración ha sido favorablemente despachada, dentro de ocho días pedirá tu mano el señor Corregidor.

Cecilia, después de postrarse en tierra agradecida, levantóse radiante de júbilo. Era ya dichosa.

Los coristas, entre tanto, reían á todo

reír de la burla que habían hecho de la niña.

II

Ocho días después, cerca de las diez de la noche, hora extraordinaria en aquellos tiempos, en que la mayor parte de los catecanos se recogían al toque de ánimas, llamaron á la puerta de la casa de doña Felicitas, quien en compañía de su hija estaba aún trabajando.

—¿Quién podrá ser á tal hora, Cecilia? interrogó alarmada doña Felicitas.

—Debe ser, contestó la joven, el señor Corregidor.

—Pero ¿te has vuelto loca? ¿Qué tiene que ver con nosotras el bueno del Corregidor, ni qué puede buscar en una casa tan humilde como la nuestra?

—Ya lo sabrás, mamá. Yo voy á la recámara, ve tú á recibir á ese noble caballero.

Doña Felicitas dirigióse á abrir la puerta, meneando la cabeza. Probablemente pensaba: mi hija está loca de remate.

Más quedóse estupefacta cuando al abrir una hoja de la puerta, vió al señor Corregidor que con el sombrero en la mano, después de dar las buenas noches pedía permiso de entrar.

Pase usted, contestó doña Felicitas, asombrada aún. ¿En qué puedo servirle?

—Extrañará á usted sin duda mi visita á esta hora, dijo su Excelencia, ocupando el asiento que le indicaba doña Felicitas; pero en pocas palabras voy á referirle el objeto de ella.

Hará como un mes, aproximadamente, que pasaba yo por esta calle después de las nueve de la noche. Todas las puertas estaban cerradas, sólo había luz en la casa de usted. Picóme la curiosidad y asomé un ojo por el agujero de la llave. Usted y su hija trabajaban, y obligado por no sé qué misteriosa fuerza, permanecí varios minutos contemplando el atractivo semblante de la hija de usted. En él resplandecían la sencillez y la inocencia con tan marcados caracteres, que me sentí embelesado. Aquella noche no pude dormir, y desechaba como mal pensamiento—ingenuamente se lo confieso á usted—hasta la idea de encontrar seductora á una mujer. Por algunos días, aunque haciéndome violencia, no volví á pasar por esta calle, pero el deseo de contemplar otra vez el rostro que estático había contemplado aguijoneóme tanto, que me arrastró al agujero de esa llave y volví á ver al querubín á quien tiene usted la ventura de llamar hija. Este hecho se repitió varias veces, y decidí con inquebrantable resolución, abandonar mi

apego á la triste soltería y casarme con Cecilia, si es que usted me concede la mano de ella.

La fuerza de la emoción interrumpió en doña Felicitas el uso de la palabra. Nada pudo contestar.

—Vamos, dijo el Corregidor al verla tan turbada, hable usted con su hija y dentro de tres días volveré por la resolución, y despidióse cortesmente.

Cecilia desde la recámara había oído todo sin perder ni una palabra, y se presentó en la salita cuando el Corregidor ponía el pie en el umbral de la puerta de la calle.

—Perdona, mamá, si nada te había dicho, quise sorprenderte. Su Excelencia, el señor Corregidor es el novio que me manda San Antonio. Refirióle luego la contestación que hacía ocho días le dió el santo con un vozarrón que llenó la capilla y la ancha nave del templo.

No hubo ni la más leve discusión, y dos meses después la joven era esposa del opulento Magistrado de la ciudad de Zacatecas.

III

Quando los coristas tuvieron noticia de aquel enlace, quedáronse maravillados, y remordióles la conciencia por la burla que

habían hecho de la buena fe de la desposada.

A la hora de refectorio presentáronse ante el Guardián á decir la culpa y refirieron el suceso. El superior reprendiólos severamente y les mandó que pidieran perdón á la recién casada. Esta, al oírlos, repuso: que no tenían de que pedirle perdón, pues habían sido los enviados del milagroso paduano.



EN PAGO DE UNAS SANDALIAS

I

Frente á la casita del Niño Jesús, en Nazaret, vivía Isaac, un zapatero tan pobre como bueno, y digo zapatero, no porque entonces se usasen los zapatos, sino las sandalias, más cómodas, según el unánime parecer de los que tienen callos.

Isaac veía con embeleso al Niño, pues la divina hermosura de Jesús resplandecía en su rostro.

Algunas veces divertíase en la carpintería de su padre haciendo crucesitas de madera, é Isaac le tomó gran cariño á la Cruz.

Dábale lástima al compasivo zapatero, ver descalzo á aquel Niño, cuya soberana belleza le cautivaba.

Un día que Jesús pasaba frente á la casa de Isaac, éste llamóle con afabilidad.